

Biblioteca

BERNARDO ATXAGA

Esos cielos

La mujer sola

DEBOLSILLO

Bernardo Atxaga (Asteasu, Gipuzkoa, 1951) está considerado el máximo exponente de la narrativa vasca y es uno de los creadores de mayor hondura y originalidad en el panorama literario español. Se consagró con el libro *Obabakoak* (1989), Premio Nacional de Narrativa en 1989 y llevado al cine por Montxo Armendáriz como *Obaba* (2005). A este le siguieron novelas como *El hombre solo* (1994), que obtuvo el Premio Nacional de la Crítica de Narrativa en Euskera, *Dos hermanos* (1995), *Esos cielos* (1996), *El hijo del acordeonista* (2004, Premio Grinzane Cavour, Premio Mondello, Premio de Traducción Literaria de *The Times* y Premio de la Crítica 2003 en su edición en euskera), *Siete casas en Francia* (2009, finalista en el Premio Independiente de Ficción Extranjera 2012, finalista en el Premio de Traducción Oxford Weidenfeld 2012), *Días de Nevada* (2013, Premio Euskadi), y *Casas y tumbas* (2020). En 2017 obtuvo el Premio Internacional LiberPress Literatura, en 2019 el Premio Nacional de las Letras Españolas y en 2021 el Premio Liber, los tres por el conjunto de su obra. También es autor de libros de poesía como *Poemas & híbridos*, cuya versión italiana obtuvo el Premio Cesare Pavese en 2003. Su obra ha sido traducida a treinta y dos lenguas. Es miembro de la Academia de la Lengua Vasca.

Para más información, visita la página web del autor:

www.atxaga.eus

Era una mujer de treinta y siete años que había pasado la última parte de su vida en prisión. Menuda, de expresión habitualmente seria, vestía con pulcritud y con prendas de corte masculino; al caminar, era lenta, tranquila; al hablar, su voz sorprendía, porque era ligeramente ronca; al mirar, sus ojos parecían duros, dos esferas de color marrón a las que el tiempo había sacado un brillo sombrío. Después de su puesta en libertad, había pasado una noche horrible, deambulando por los bares de la ciudad, Barcelona, y durmiendo con un hombre al que acababa de conocer. Luego, a la mañana siguiente, después de más bares y más caminatas, había decidido volver a su ciudad natal, Bilbao. Cuarenta minutos más tarde, estaba ya frente a una de las puertas automáticas de la estación del tren.

La puerta sintió su cercanía y vibró con fuerza, como si las dos hojas de cristal fueran a separarse de un momento a otro, y luego, actuando esta vez como un espejo —ella se había quedado quieta y mirándose— le mostró con precisión los pormenores de su figura, la maleta de cuero que llevaba agarrada con las dos manos, las medias de color negro, los mocasines también negros, la

chaqueta de ante con el lazo rojo del sida prendido en la solapa, la camisa blanca, la cabeza de pelo muy corto. Una y otra vez sus ojos repasaron la imagen, como una persona que acaba de vestirse y no está muy segura de su aspecto.

—No estoy tan mal —dijo en voz baja fijando la vista en sus piernas. Después de los años de encierro, verse de cuerpo entero le resultaba raro. Los espejos de la cárcel no solían pasar de los cuarenta centímetros de altura.

La puerta volvió a temblar y dos jóvenes extranjeras, muy corpulentas las dos, con mochilas que se elevaban por encima de sus cabezas, salieron de la estación ocupando el lugar donde había estado su imagen. Dos pasos más, y se plantaron frente a ella.

—*Could you help me, please?* —le preguntó una de ellas desplegando con brusquedad, como si fuera un paraguas, lo que parecía un plano de la ciudad. Su voz tenía un deje insolente, a la manera de las estudiantes quinceañeras de las series de televisión.

—*No, I can't* —dijo la mujer sin ni siquiera levantar la vista. No tenía humor para ponerse a examinar un plano de una ciudad de la que, prácticamente, sólo conocía la cárcel. Además, despreciaba a los turistas. A los turistas en general y a los turistas de mochila en particular.

La sequedad de la respuesta sobresaltó a las dos jóvenes, aunque, después del primer momento, la reacción derivó en una mueca voluntariamente exagerada. ¿Cómo podía tratarlas de aquella manera? ¿No tenía educación? ¿Por qué era tan agresiva?

«Oléis a sudor. Más os valdría buscar una ducha», pensó la mujer, pasándose la maleta a una sola mano y cruzando la línea de la puerta. No entendió lo que le gritaron las dos extranjeras. El inglés que había aprendido en la cárcel le servía para leer y también, en cierta medida, para hablar, pero no para entender los insultos de británicos o norteamericanos.

Una vez dentro del edificio tuvo la sensación de que se mareaba, el presentimiento de que, si seguía avanzando hacia la gente que se arremolinaba en las salas de espera o frente a las taquillas, las piernas acabarían por fallarle, y se apresuró a buscar refugio en la zona trasera de una de las tiendas, menos transitada, más vacía que el resto. A su alrededor, por todas partes, ocurrían cosas: una luz roja comenzaba a parpadear, un niño tropezaba con el carro de las maletas y caía de bruces al suelo, alguien corría con la cabeza vuelta hacia el panel electrónico de los horarios. Y en los momentos de calma, cuando el movimiento general declinaba, sus ojos tropezaban —como el niño que se había caído de bruces— con el destello de las columnas acristaladas o con el plástico chillón, amarillo o rojo, de algunas superficies.

«Así que nos dejas. Pues muchas felicidades, de verdad. De ahora en adelante tendrás toda la electricidad que quieras.»

Las palabras que Margarita, una de sus compañeras de celda, le había dicho en su despedida de la cárcel cobraban evidencia en el interior de la estación. Había electricidad por todas partes: arriba, en el techo, repleto de plafones de luz; y abajo, en el suelo, donde las lámparas del edificio —las del techo y otras cien más—

Tras cuatro años de cárcel, Irene decide separarse de la organización armada a la que pertenece. Ahora es una mujer de treinta y siete años que, a pesar del miedo y los recuerdos, necesita ampliar los pasos de su antigua celda en el suelo de su ciudad.

A modo de continuación de *El hombre solo*, Bernardo Atxaga nos muestra, en el trayecto de un viaje en autobús lleno de incidencias, el rostro de la «mujer sola», una mujer fuerte que ha estado en la cárcel, ha sufrido por amor, y que necesita enfrentarse a su soledad y a su desconfianza para construirse de nuevo a sí misma.

Esta edición de *Esos cielos* incluye el relato «Declaración de Dorotea».

«Un canto a la libertad individual en medio de un mundo implacablemente hostil».

EL MUNDO

ISBN: 978-84-663-3236-1



9 788466 332361



penguinbolsillo
penguinlibros



BOSQUES
PARA TODOS
PARA SIEMPRE



Penguin
Random House
Grupo Editorial

penguinlibros.com